

ESPAÑA, PERDISTE

Hernán Casciari

1

Las costumbres

Una sobremesa familiar argentina

PADRE: ¿Llueve?

HIJA: No; es mamá que está regando las plantas.

PADRE: Ah.

Una sobremesa familiar española

PADRE: ¿Llueve?

HIJA: No, pero ha dicho el hombre del tiempo que mañana se prevén chubascos en el Cantábrico, nordeste de Castilla, Navarra, La Rioja, norte de Aragón, centro de Cataluña y sur de la Comunidad Valenciana.

PADRE: ¡Me cagüen la mar! Habrá que salir con paraguas...

HIJA: Va a ser que sí, porque los chubascos serán localmente moderados y ocasionalmente con tormentas, aunque me ha dicho la señora de abajo que irán remitiendo a lo largo del día.

PADRE: Pero entonces ¿qué es eso que se oye, si no es lluvia?

HIJA: Es la mamá, que está regando las plantas.

PADRE: Dile que entre, que ya se ven los intervalos nubosos.

Cagar leyendo, un placer rioplatense

Cuando vivía en países serios con bidet, yo leía mucho en el baño mientras cagaba. En esos tiempos nunca supe si leía porque me venían ganas de cagar o si cagaba porque me entraban irreprimibles deseos de leer. Posiblemente mi cuerpo, aún en formación, debió aprender a desarrollar ambas urgencias a la vez. El asunto es que yo era feliz cagando y leyendo. Y hubiera seguido así, alegremente por la vida, pero hace cinco años me vine a vivir a España, un país sin bidet, y desde entonces leer literatura se ha convertido en un suplicio.

Con mi amigo el Chiri, desde muy jóvenes, intercambiábamos pareceres sobre el rito de cagar leyendo. Había dos problemas capitales: 1) que se te durmieran las piernas (es un momento dolorosísimo en el que hay que permanecer inmóvil, de pie frente al espejo, durante largos minutos de angustia); y 2) que se te reseca la mierda en el culo por culpa del tiempo transcurrido entre la cagada inicial y el final del libro. El Chiri me descubrió una tarde que había que sacarse los pantalones por completo para cagar —no sólo bajarlos a la altura de los talones— a fin de neutralizar la parálisis.

—La falta de libertad de los tobillos, Hernán —me dijo mi amigo durante un recreo de tercer año—, es lo que nos provoca el posterior hormigueo.

—¿Vos ya lo probaste, Chiri?

—Lo vengo haciendo desde el lunes, y ya casi estoy terminando el Adán Buenosayres. En dos cagos más lo liquido.

El segundo problema (la sequedad de la mierda en el ano) era más grave, pero lo solucionamos con el chorro de agua caliente del bidet, artefacto que hasta entonces era dominio de madres y hermanas. Primero había que limpiarse el culo con papel, como cualquier hijo de vecino, después pasarse un rato al bidet y darle un rato al chorro con movimientos de cadera circulares (incluso en el bidet se podían releer algunos párrafos felices del libro), y por último secarse otra vez con papel. El culo quedaba como si nunca hubiéramos cagado en la vida. Una vez que le encontramos la vuelta a ese par de problemas técnicos, leer y cagar fue un placer que nos acompañó desde los quince años. Todo iba bien, hasta que a los treinta tuve la maldita ocurrencia de cruzar el Atlántico. Aquí en Europa los bidets no sirven para limpiarse el culo pues carecen del chorro invertido de agua caliente; por lo tanto no conviene enfrascarse en la lectura amena del baño porque, al segundo capítulo nomás, se te reseca la mierda en las paredes del esfínter y no te la sacás ni con espátula.

Durante mis primeras temporadas en el exilio opté por un recurso intermedio: primero cagaba, me limpiaba y tiraba de la cadena; y después seguía leyendo tranquilamente sentado en el inodoro, intentando engañar al cerebro. Lo malo es que también lograba engañar al intestino, que al verse otra vez en posición de combate, reiniciaba el proceso y volvía a cagar soretitos más modestos, pero igualmente molestos. Yo no sé si el cuerpo humano es estúpido o se hace, pero yo he descubierto que el aparato digestivo trabaja por sugestión. Uno caga siempre, incluso sin ganas, cuando se sienta en el inodoro. Es cuestión de tiempo.

Más tarde opté por llevarme al baño toallitas mojadas de papel. El objetivo era cagar y mantenerse una horita sin hacer nada, leyendo tranquilamente, y después tener algo húmedo a mano para dejar pulcra la cavidad. El truco funcionó en las estaciones estivales, pero cuando llegó el invierno, que acá es crudo, volví a extrañar el chorro caliente del bidet, la cascada de agua hirviendo que antaño me devolvía la temperatura del cuerpo y que, además de rasquetearte el ano hasta dejarlo lustroso, te generaba esa duda tan ambigua de no saber si eras friolento o si eras maricón. En conclusión: las toallitas mojadas y heladas tampoco servían.

El siguiente paso, temerario, fue el de cagar, leer y después meterme directamente a la ducha para pegarme una buena enjuagada completa, pero resultó que los libros (máxime los de la editorial Seix Barral) se me deshacían mucho con el vapor. La solución, en este caso, hubiera sido salir del baño y dejar el libro en otra parte antes de ducharme, pero el objetivo de este ritual es hacer todo sin abrir la puerta, de lo contrario no tiene joda. Así que más o menos en 2003 ya no sabía qué carajo hacer con mi vida.

Hubo un último manotazo de ahogado que no prosperó. Fue cuando le pedí a Cristina, mi mujer, si no me hacía la gauchada de conectar la manguera al agua caliente de la cocina y cuando yo, en cuatro patas, dijera «¡aura!», me manguereara un poco, poniendo el dedo gordo en la boca de escape para que saliera el agua filosa. Pero así como acá no hay bidet en los baños, tampoco hay desagüe en las casas, por lo que la primera y única vez que Cris accedió a manguerarme fue un enchastre. Además, el

verme en posición perrito la traumatizó un poco a nivel emocional.

—Si quieres que siga apostando por este matrimonio —me dijo muy seria— deja de pedirme estas cosas.

Durante el invierno de 2003 casi no leí. Fue una época borrosa, anodina, sin grandes revelaciones intelectuales. Además, cagaba muchas veces al día y sin la pasión lúdica que caracterizaba mis deposiciones; tiraba la cadena enseguida y salía del baño tan ignorante como había entrado. Más que el cago de un joven escritor, lo mío parecía el meo de una señora jubilada. Y eso, obviamente, repercutía en el resto de mis actividades cotidianas: un hombre que se la pasa cagando y no lee nunca, más que un hombre es un concejal peronista. Me sentía muy triste.

Entonces, por pura casualidad, descubrí el Barbarela. Este bar es como todos los bares de Barcelona, pero en el baño de mujeres hay, olvidado y funcionando, un bidet argentino. La primera vez que entré al baño del Barbarela me equivoqué de puertita — cada noche agradezco a dios la existencia de esos carteles tan ambiguos que ponen en los baños—;

CAGAR LEYENDO, UN PLACER RIOPLATENSE 27

las siguientes veces, en cambio, me hice el equivocado para poder cagar allí.

Ya hace un año que frecuento el Barbarela todas las tardes, con una mochila llena de libros. Me pido un poleo menta que rara vez bebo, y a los diez minutos me meto al baño de mujeres. Como la lectura suele llevarme una horita diaria, cada tanto el picaporte se mueve en falso (las mujeres siempre quieren mear, no sé por qué), o alguien golpea la puerta pidiendo paso, y entonces yo debo poner la voz finita y decir:

—Està ocupat! —Porque, ya que me finjo señora, lo mejor es fingirme señora catalana.

El dueño del Barbarela es un gordo pelado que se llama Enric, y que nunca en la vida me ha preguntado nada. Ni por qué me equivoco de baño, ni por qué tardo tanto, ni por qué hablo con voz de mujer una vez dentro, ni por qué nunca me bebo el poleo menta ni, mucho menos, por qué le dejo siempre propinas tan extraordinarias. El pelado Enric es un amigo silencioso y sabio, que ha de pensar de mí cosas horribles, pero que jamás ha dejado de decirme «adeu, fins demà», cada vez que salgo de su bar un poco más liviano y un poco más leído.

El Barbarela está en la esquina de Travessera de Gràcia y Torrijos; apunto la dirección exacta por si hay otros lectores argentinos viviendo en Barcelona que tampoco pueden cagar y leer en sus casas. El baño está muy bueno, tenemos desodorante de ambiente y toallitas de papel gratis. El poleo menta sale un euro. Los libros, obviamente, hay que traerlos desde casa.

Quedan todos invitados a cagar y a leer en este bar del barrio de Gràcia. No estaría mal que, de a poco, vayamos convirtiendo el sitio en un café-literario con bidet. Eso sí: de cuatro a cinco de la tarde, el baño de mujeres del Barbarela está ocupado por el socio fundador.

El tipo aburrido de la mesa del fondo

Las fiestas de casamiento son aburridas en Buenos Aires del mismo modo que lo son aquí. Cambian algunos tópicos, algunos personajes, pero en esencia es la misma miseria humana. De aquel lado del océano la canción fea se llama «Saca la mano, Antonio», y

en España la canción fea se llama «Paquito el chocolatero». Pero yo, en ambos lados, soy el mismo imbécil que se queda solo, sentado a un costado de la mesa, mientras los demás bailan la canción fea, fingiendo que son un trencito.

Yo soy ése porque en la vida hay roles que debemos cumplir. Alguien debe ser el borracho que da vergüenza ajena, y alguien tiene que ser la yegua omnipresente con el vestido rojo, y alguien tiene que ser el novio, y alguien tiene que ser la bisabuela que fuma, y alguien tiene que ser un primo que vino desde Boston especialmente a la boda. Yo soy el aburrido de la mesa del fondo. Y no me quejo.

En realidad sí me quejo, pero no en ese momento, sino cuando me llega la invitación, unas semanas antes. En general mi vida es tranquila, previsible y cómoda. También solitaria. La llegada de una invitación indeclinable a lo que sea.

(c) 2007, Hernán Casciari

(c)2007, Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona